

LA GEOPOLÍTICA DE LA PAX (*BELLUM*) AMERICANA

Miguel Ángel VALENZUELA SHELLEY*

“Sólo dos cosas son infinitas: el Universo y la estupidez humana. Y no estoy seguro acerca del Universo”.

ALBERT EINSTEIN

“La guerra es cuestión de vital importancia para las naciones. Es el trance donde se decide la vida y la muerte de un país, la senda que marca su supervivencia o su ruina. Esto obliga a analizar la guerra con suma atención”.

SUN-ZI, EL ARTE DE LA GUERRA

SUMARIO: I. *Consideraciones iniciales.* II. *El viraje conservador y la estructura geopolítica de la Guerra fría.* III. *El compromiso imperial del neoconservadurismo.* IV. *Recuperando la Casa Blanca.* V. *La geopolítica del Project for the New American Century: la bellum americana.* VI. *Últimas disquisiciones.* VII. *Bibliografía.*

I. CONSIDERACIONES INICIALES

DESDE SU conformación, el juego pragmático estadounidense reptando entre el *laissez-faire* y la *Realpolitik*, le han permitido un accionar imperial relativamente oculto en ropajes liberales y antiimperialistas. La República pragmática, como lo establece José Luis Orozco, se definió en buena medida —al menos discursivamente— como la otredad, la antítesis del absolutismo y el imperialismo europeos. Sin embargo, el curso no fue tan antimperial como el discurso. Bajo dicha premisa, Estados Unidos ha combatido al Imperio español en 1898; a los intereses imperiales

* Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y doctorado de la misma.

del káiser alemán en 1917; al fascismo alemán en 1941 —gracias a un ataque japonés, por cierto, preventivo; a partir de 1947, al totalitarismo comunista del Imperio del Mal (la Unión Soviética); y desde 2001, de nuevo a las tinieblas encarnadas en el difuso y omnipresente terrorismo. Quedando en cada ocasión, la idea del justiciero que, luego de castigar la afrenta, vuelve a casa con merecidas recompensas. Huelga decir, que cada una de estas aventuras fue determinada por la geopolítica imperial y no por alguna clase de idealismo del benévolo imperio estadounidense.

En 1932, el jurista alemán Carl Schmitt realizó un análisis de la política exterior estadounidense desde una perspectiva política del Derecho Internacional, para comprobar que la política exterior de Estados Unidos era imperial¹ en el continente americano y que tarde o temprano ampliaría sus ambiciones. En él, Schmitt parte de la dualidad amigo-enemigo y de la perenne conflictividad internacional, resultante de la constante lucha por la defensa de los intereses de la nación, para explicar las justificaciones legales y políticas del Imperio. El jurista alemán, señalaba que una clara muestra de la política imperialista estadounidense es la Doctrina Monroe (1823), cuyos objetivos eran: 1) Proteger a América de las potencias europeas (Santa Alianza); 2) Ampliar la influencia estadounidense en el continente; y, 3) Justificar —legalmente— la injerencia, control y poder de Estados Unidos sobre los países del continente. De esta manera, Estados Unidos determinaba su zona de seguridad vital en todo el continente, y más tarde la ubicaría en las costas europeas y en las asiáticas. Esta geopolítica de seguridad continental y combate antiimperial, logra su primer objetivo en la guerra contra España de 1898, como resultado del hundimiento —hoy sabemos accidental— del *Maine* en costas cubanas.

A partir de ese momento y durante los primeros años del siglo XX, se presenta un debate en Estados Unidos, acerca del papel que éstos debían tener en el mundo; limitarse al dominio continental, dejando a los imperios europeos enfrentarse entre sí, o ser partícipes activos de dicha batalla por el control geopolítico y así lograr la hegemonía, aquella a la que Walter Lippmann, John Dewey y Arthur Bentley —entre otros— llamaban a construir desde la estructura financiera y política internacionales.

¹ Si por imperialismo, señala Schmitt, se entiende hegemonía y por tanto intervención en los asuntos de otro Estado, entonces la estadounidense es claramente, imperialista. El problema, es que se quiere definir al imperialismo, mediante añejas concepciones como colonialismo y protectorado, mismas que carecen de vigencia, dadas las condiciones de la política contemporánea; señalaba Schmitt.

Al respecto de esta lucha por la hegemonía, el almirante Alfred Thayer Mahan señalaba que la turbulenta dinámica internacional presentaba a Estados Unidos la oportunidad de salir de su aislamiento continental (el único en realidad asumido por el pensamiento político estadounidense) y ser actor en la lucha por la expansión imperial. Para ello, el almirante Mahan proponía reivindicar el derecho (más tarde los valores) de Estados Unidos en las áreas de interés geoestratégico. En particular Mahan se refería al dominio de los mares tomando como pivote el Pacífico Oriental, el Golfo de México, el Caribe y la construcción de un canal en Centroamérica. Esta sería en realidad la primera expansión de la Doctrina Monroe.

La influencia del pensamiento mahaniano fue clara durante las administraciones de William McKinley y Theodore Roosevelt, quienes consideraban que Estados Unidos debía seguir el modelo imperial británico, buscando poder y gloria por sí mismos, a través de la conquista imperial y la explotación colonial. Sin embargo, es Woodrow Wilson quien le da al modelo imperial estadounidense un sello característico, al otorgarle un carácter idealista. Wilson quien creía profundamente en el excepcionalismo estadounidense y en su “destino manifiesto”, consideraba que la paz mundial dependía de que la democracia se extendiera en el planeta; “hay que hacer que el mundo sea seguro para la democracia... Estados Unidos —señalaba Woodrow Wilson ante el Congreso a fin de autorizar la participación estadounidense en la I Guerra Mundial— ha de luchar por los derechos y la libertad de las pequeñas naciones y por el dominio universal de la justicia, a través de un concierto de los pueblos libres que lleve la paz y la seguridad a todos los países”.² Así y dentro del debate aislacionismo *versus* internacionalismo, las herramientas políticas del imperialismo estadounidense fluctuaban pragmáticamente entre el orden legal y la superioridad moral.

Posteriormente, hundido en un falso aislacionismo, EEUU recibe un nuevo golpe a su inocencia y es obligado a participar en la II Guerra Mundial, luego de un ataque preventivo japonés; la lucha en defensa de la democracia seguía. Pero es a fines de dicha conflagración, que la política exterior estadounidense cobra un matiz profundamente militarista, gracias a una serie de individuos, que a la postre resultarían de suma importancia en el andamiaje de la política imperial o expansionista por naturaleza, de la Guerra fría: los *Wise men* (Charles Bohlen, Robert Lovett, John Jay McCloy, Dean Acheson, George Kennan y Averell Harriman).

² JOHNSON, Chalmers, *The sorrows of Empire*, New York, Metropolitan Books, 2004. pp. 58-61.

Estos individuos lograron ejercer una gran influencia en los primeros meses y años en que Harry Truman asumiera la presidencia, luego del fallecimiento de F. D. Roosevelt, generando la idea de inefable Imperio del mal con innatas ambiciones imperiales. Dirigiendo así, mediante la creación de la Guerra fría, la política exterior estadounidense, e inclusive el Orden Internacional resultado de dicha bipolaridad.

Finalmente, como resultado de los ataques terroristas del 11 de septiembre del 2001, Estados Unidos de América ha dado un viraje significativo a su política interna y externa, dando pie a una nuevo imperio estadounidense. Esta situación ha generado una gran cantidad de investigaciones de muy diversas características, encaminadas a descubrir, redescubrir, analizar o explicar —en mayor o menor profundidad— la raíz y características del pensamiento político que dirige el mencionado viraje: el Neoconservadurismo. En algunos casos, estas investigaciones arrojan luz sobre los objetivos de los neoconservadores —o *neocons*— en política exterior, resaltando el radicalismo de su *Realpolitik* sustentado —no en pocas ocasiones— por la autoproclamada superioridad moral e ideológica estadounidense —y en específico del neoconservadurismo—, estableciendo claramente una división del mundo en aliados y enemigos —en una lógica schmittiana— dentro de un escenario internacional inevitable y perennemente conflictivo. En otros casos, dichas investigaciones abordan el impacto de los *neocons* en la política interna y en la vida estadounidense en general, con base en su histórica crítica a los valores liberales universales e inclusive a la democracia liberal.

No obstante, aunque estas investigaciones vierten una gran cantidad de información y han situado al Neoconservadurismo —específicamente a los *neocons* de la Administración (G.W.) Bush— en el centro de foros académicos y no académicos, faltan estudios —al menos desde nuestra perspectiva— sobre su geopolítica. Misma que aunque es evidente dadas sus acciones, ciertamente merece análisis a profundidad.

Por tanto, este artículo pretende dar respuesta o al menos echar luz a cuestionamientos necesarios para entender la política exterior estadounidense. Preguntas tales como: ¿cuáles son los sustentos ideológicos de la geopolítica estadounidense? ¿Cuál su eje? ¿Dónde y por qué ubican el *heartland* y el *rimland* de su Gran Estrategia? ¿Qué cambio puede apreciarse con respecto a la geopolítica de la Guerra fría? ¿*Pax americana* o *bellum americana*? Pero sobre todo, pretendo despertar más intrigas que respuestas.

II. EL VIRAJE CONSERVADOR Y LA ESTRUCTURA GEOPOLÍTICA DE LA GUERRA FRÍA

Durante la década de los años treinta y cuarenta, el conservadurismo estadounidense comenzó a aglutinarse en torno a la desaprobación de la política del *New Deal* de Franklin Delano Roosevelt. Personajes de la vida política y académica, tales como Willam Buckley, Jr., John Birch, Albert Jay Nock, Joseph McCarthy, Russell Kirk, Leo Strauss, Daniel Bell e Irving Kristol, entre otros, realizaban severas críticas al *welfare state* que, acompañadas del temor a la amenaza antidemocrática del comunismo, de cuestionamientos a la cultura de masas que deprime el poder de la voluntad individual y una férrea defensa del *laissez-faire*, comienzan a agrupar y articular un movimiento ideológico y político que trataría de influenciar y de dirigir, el papel de Estados Unidos, tanto en el escenario internacional, como en la operación de las instituciones políticas nacionales.

Sin embargo, el conservadurismo lejos estaba de presentar un pensamiento político unificador dentro de sus propias filas. En este sentido, consideremos la clasificación que Clinton Rossiter realiza; por un lado, se encontraban los conservadores liberales, quienes no rechazan del todo al *New deal* y aceptan los compromisos con el exterior; en segundo término, los conservadores medios —o moderados— y que aceptan el *welfare state*, pero su propósito es frenar dicha tendencia, así como evitar mayores compromisos con el exterior política y económicamente; y en última instancia, los ultraconservadores, quienes rechazan por completo el enorme gasto que implica el Estado de bienestar y son profundamente hostiles en lo referente a institucionalizar las relaciones internacionales (ONU) y *al despilfarro del tesoro (estadounidense) en el exterior*.³

Uno de los más importantes conservadores internacionalistas y editor en jefe de las revistas *Time*, *Life* y *Fortune*, Henry Luce, llamaba a los estadounidenses a hacer del siglo XX —no el Siglo Americano, sino— el Primer Siglo Americano, al liderar una alianza de naciones libres que esparza los valores universales del libre gobierno y asegurar un nuevo orden.⁴ En este contexto, el nuevo orden y consiguiente mejor mundo, desde la perspectiva de Luce, estaría determinada por la voluntad de la nación —estadounidense— y no por un arreglo supranacional. Sin embargo, otro prominente

³ ROSSITER, Clinton, *La teoría política del conservadurismo norteamericano*, Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericano, 1986, pp. 173-178.

⁴ KAGAN, Robert y William KRISTOL (editors), *Present Dangers*, San Francisco, Encounter Books, 2000, p. 30.

conservador republicano, el senador Robert Taft, cuestionaba la pertinencia y conveniencia del intervencionismo estadounidense,⁵ dada la sobre extensión de la capacidad militar y política de Washington, lo que resultaría en *una amenaza a la libertad y democracia estadounidenses*. No obstante, el ataque a Pearl Harbor permite el ingreso de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial y con ello el fin del aislacionismo estadounidense y del debate entre intervencionistas y no intervencionistas.

La política de Franklin Delano Roosevelt pretendía crear un sistema internacional en el que Estados Unidos y la Unión Soviética pudiesen convivir sin enfrentarse entre sí, creando un sistema organizado por *potencias responsables*.⁶ La idea era que Estados Unidos y la joven Unión Soviética llegaran a acuerdos estableciendo áreas de interés, seguridad, influencia y dominio que permitieran su pacífica coexistencia. La geopolítica sería acordada por ambas potencias.

Al morir Roosevelt, llega a la Casa Blanca Harry S. Truman, un político nacido en la clase política de Kansas City (Missouri) que llegara a la vicepresidencia sustituyendo a James Byrnes en la fórmula rooseveltiana debido a un veto del movimiento laboral, el proyecto de Roosevelt en política exterior se desvaneció en los primeros días de Truman como presidente. En este momento, los liberales consideraban en la Segunda Posguerra, las relaciones soviético-estadounidenses debían basarse en la cooperación. Al respecto el ex embajador estadounidense en la Unión Soviética —Joseph E. Davies— señaló en 1943 que “si habrá paz en el mundo, debe basarse en un acuerdo entre Inglaterra, Rusia, China, Estados Unidos y la ONU”.⁷ Sin embargo, diversos conservadores comenzaron a cuestionar los fundamentos teóricos, políticos y —principalmente— morales de la URSS. Al respecto, uno de los trabajos más influyentes fue *The Children of the Light and the Children of the Darkness* (1944) de Reinhold Niebuhr, en el que desacredita el sistema dictatorial soviético y subraya la necesidad de defender la democracia. Por otra parte, aunque concuerda en lo referente a que la paz en el mundo depende de un acuerdo entre Inglaterra, Rusia y Estados Unidos,

⁵ Se hace referencia al intervencionismo más que al internacionalismo, dado que el punto que representaba la discordia entre ambas visiones, era la intervención o no de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

⁶ LIPPMANN, Walter hace referencia a este concepto estableciendo que la responsabilidad de una potencia es determinar zonas de influencia con las demás potencias, a fin de evitar enfrentamientos directos entre ellas. (STEELE, Ronald, *Walter Lippmann and the American Century*, Transaction Publishers, London 1980, pp. 404-405 y 419).

⁷ EHRMAN, John, *The Rise of Neoconservatism*, Yale, Yale University, 1995, pp. 6-7.

señala que difícilmente los soviéticos formarían parte de dicho acuerdo, debido a sus valores culturales y falta de valores religiosos y morales.

La reorientación de la política exterior estadounidense apuntaba a posturas poco flexibles que de hecho confrontaban a la Unión Soviética. Estas políticas de Truman, fueron resultado de su profundo desconocimiento de la política exterior en general y de Washington, en lo particular, así como de la influencia que en él tuvieron eminentes arquitectos y estrategias de la política exterior, conocidos como los *Wise men*; hombres pertenecientes a la élite corporativa, principalmente de Wall Street y a la política, como Averell Harriman, banquero y Embajador estadounidense en Moscú; Dean Acheson a la postre su Secretario de Estado; Robert Lovett, subsecretario de Estado y Secretario de la Defensa durante los primeros días de la Guerra Fría; John Jay McCloy —junto con Lovett— uno de los hombres más importantes del Departamento de Guerra, encabezado por Henry Stimson; Charles Bohlen, que al momento se encontraba en el Departamento de Estado; y George F. Kennan, segundo en la Embajada de Estados Unidos en la URSS por un breve periodo de tiempo, uno de los creadores de la Contención⁸ y —de acuerdo a actuales estrategias como Paul Wolfowitz y Robert Kagan, entre otros— el padre de la estrategia político-militar estadounidense por casi 50 años. Lo que en realidad resulta curioso, ya que fue el NSC 68 más que los telegramas o artículos de Kennan, lo que perfiló la política exterior estadounidense durante toda la segunda mitad del siglo XX y aún los primeros del siglo XXI. Con ello, el padre, si es que se puede asignar a una sola persona tal paternidad, sería sin duda Paul Nitze y/o Dean Acheson y no Kennan, quien de hecho disientía con estos últimos.

Amén de sus vertientes ideológicas, lo que todos estos hombres tenían en común, era una visión conflictiva del mundo, en el que la convivencia de dos potencias regionalmente hegemónicas sería imposible, dadas las ambiciones expansionistas e imperiales que por herencia tenían los soviéticos. Lo que significaba una amenaza al *sagrado destino de América*, de ser el líder y protector del mundo libre. Bajo estas premisas, Truman rápidamente desconfiaría del escenario internacional y sus egoístas y malvados actores. Por lo que el aislacionismo comenzaría a tener más sentido para el profesor de Missouri.

En 1947, George F. Kennan —entonces jefe del Grupo de Planificación Política de Estado —*State Department Policy Planning Staff*)— escribió

⁸ ISAACSON, Walter y Thomas EVANS, *The Wise men*, Touchstone, New York, 1988, pp. 20-25.

bajo el seudónimo Mr. X, en *Foreign Affairs*, en el artículo denominado *Fuentes de la conducta soviética* (*The Sources of Soviet conduct*), que Estados Unidos debía tomar como parte fundamental de su política exterior *una duradera, paciente pero firme y vigilante contención de las tendencias expansionistas rusas. A diferencia de la Alemania hitleriana*, señalaba Kennan, *el poderío soviético ni es esquemático, ni es aventurista. No opera mediante planes fijos* advertía Kennan sobre el pragmatismo imperialista soviético, *(n)o toma riesgos innecesarios. Impenetrable a la lógica de la razón, es altamente sensible a la lógica de la fuerza. Estados Unidos, añadiría y así finalizaría Kennan, debe seguir considerando a la Unión Soviética como un rival, no como un socio, en la arena política.* Pero este rival —liberal— sería a la postre más bien un enemigo realista —o schmittiano— por la hegemonía global, la que Washington estaba obligado a perseguir en aras de las mejores condiciones de vida de la humanidad, que las *tinieblas* amenazaba.

Las líneas a seguir o las estrategias para manejar esta relación schmittiana entre la Unión Soviética y Estados Unidos, seguía dos vías: la Doctrina Truman, defendida y de hecho creada por los *Wise men* conocida también como la Contención, cuya finalidad, según el propio Kennan, era impedir que los centros de capacidad militar-industrial cayeran bajo un poder hostil, con el que no era posible coexistir y ni siquiera cooperar; y la que establecía el Plan Marshall, preferida por Lippmann, que sustentaba su estrategia en el rescate económico —político y militar— de los aliados atlánticos. Una política de contención implicaba para Lippmann, que *Moscú y no Washington definiría las decisiones, formularía los desafíos, seleccionaría el terreno... y seleccionaría las armas.* Lo que no convendría ni política, ni económicamente a Estados Unidos e inevitablemente, cimbraría la estructura social, militar, política, económica y constitucional, según advertía un Walter Lippmann que alertaba sobre la supremacía de la política —en realidad de *lo político*— y no del Mercado, en la política exterior estadounidense. Rescatar Europa y no ocuparla, sería la manera de contener la amenaza soviética, ya que el pivote de poder global es precisamente Europa, no los satélites allende ella, que la Unión Soviética pueda controlar.

Ambas líneas serían pragmática y exitosamente articuladas por Paul H. Nitze, hombre de finanzas, miembro del *establishment* corporativo y en lo absoluto ajeno al pensamiento alemán. Nitze señalaba que la naturaleza conflictiva del hombre y por ende del escenario internacional, compuesto por naciones egoístas, aunado al particular deseo imperial soviético y a la *deca-dencia de Occidente*, urgía a Estados Unidos, lo quieran o no, a defender y

revitalizar —de hecho— el modo de vida americano, llamado a ser el nuevo modo de vida de occidente. En este mismo sentido, Arthur Schlesinger Jr., señalaba en *The Vital Center: The Politics of Freedom*, que *la política exterior no es un asunto de expresar gustos o disgustos nacionales. En el fondo y aquí deja entrever claros rasgos schmittianos, es una cuestión de alcanzar condiciones de supervivencia en un mundo complicado y diversificado.*⁹ Un mundo que representaba un amenaza para la seguridad y los intereses estadounidenses.

Las elecciones presidenciales de 1949 dan a Harry Truman otros cuatro años en la Casa Blanca, sólo que esta vez por derecho propio y no por herencia. Teniendo mayoría demócrata en el Congreso y estabilizándose la política internacional —en lo que el presidente era profundamente ignorante— Truman podría revertir la política estadounidense y poner mayor énfasis en los asuntos internos; principalmente educación, salud y obras públicas. Para ello, Truman pretendía reducir el presupuesto de la defensa en mil millones de dólares para 1951. La propuesta no fue bien recibida en Europa occidental, cuyos militares advertían sobre la superioridad militar soviética y el avance del Kremlin en el desarrollo de armamento nuclear. Pero mayor fue la oposición dentro de los consejeros de la Casa Blanca, principalmente la Defensa y el Departamento de Estado. Ante los cuestionamientos, pero principalmente ante la advertencia europea sobre el desarrollo del programa nuclear soviético, Harry Truman encomendó al Consejo de Seguridad Nacional —NSC por sus siglas en inglés y creado apenas 3 años antes— *una reexaminación de nuestros objetivos en paz y guerra, así como el efecto de esos objetivos en nuestros planes estratégicos.* A fin de cuentas, y debido a que el NSC no tenía una clara estructura, la tarea recayó en el Departamento de Estado, a cargo de Dean Acheson, quien asignó la tarea a Paul H. Nitze, jefe del Staff de Planeación Política y sucesor de George F. Kennan, quien para entonces coincidía con Truman con respecto a la disminución del presupuesto para la milicia, toda vez que favorecía la diplomacia como principal herramienta para la política de Guerra fría y no coincidía con la visión de Acheson, con respecto a la necesidad del desarrollo militar.¹⁰

Descendiente de alemanes, Paul Henry Nitze no fue en lo absoluto ajeno a la dinámica política europea, ni a sus pensadores más relevantes, principalmente en sociología, economía, filosofía, derecho constitucional y

⁹ SCHLESINGER, Arthur Jr., *The Vital Center: The Politics of Freedom*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1949, citado en José Luis OROZCO, *op. cit.*, pp. 166-167.

¹⁰ MAY, Ernest R. (ed.), *op. cit.*, pp. 3 y 4; NITZE, Paul H. *et al.*, *op. cit.*, pp. 93-100.

derecho internacional. Entre ellos probablemente quien mayor influencia o impacto tuvo en Nitze, fue el filósofo e historiador alemán Oswald Spengler —simpatizante en sus inicios del nazismo y miembro trascendental y fundamental de la Revolución Conservadora alemana, junto a Erich Fried, Hans Zehrer, Wilhelm Stapel y Carl Schmitt— principalmente a través de su obra *La decadencia de Occidente* que apareciera por primera ocasión en 1918 y en su última versión, en 1922. Fue probablemente este conocimiento del pensamiento alemán y sin duda su experiencia en el mundo de las finanzas, así como en la industria y planeación militar, motivos que señalaron a Paul Nitze como el hombre indicado para interrogar prisioneros de guerra nazis en Nüremberg, principalmente el Ministro de Economía y Armamento del Tercer Reich, Albert Speer. Seguramente en estas entrevistas, Nitze encontró varias respuestas a los cuestionamientos que le despertó la obra mencionada de Spengler y que el propio Nitze había buscado infructuosamente en Harvard.

Nitze, que desde joven había decidido alejarse del mundo netamente académico, toda vez que su influencia en *policy planning* es sumamente limitado —por no decir nulo— y establecerse cerca del diseño de estrategias políticas —así como económico-militares— se encontraba ahora en lugar ideal y el momento preciso para colaborar en el diseño de las coordenadas de la política exterior estadounidense, mediante la (re)definición de la Seguridad Nacional y del mundo en conformación. Para revertir el perfil que Truman y el Secretario de Defensa Louis Johnson —sustituto de James Forrestal— querían darle a la política estadounidense mediante recortes presupuestales a la milicia, Acheson y Nitze debían, además de negociar en el congreso paralelamente a la *reexaminación de los objetivos y planes estratégicos*, elaborar un documento que estableciera el peligro que corría el modo de vida estadounidense debido a la perenne amenaza soviética.

El documento que advertía sobre *la posible destrucción de la República y de la civilización misma*, era más un sermón que un análisis académico o científico de la dinámica política internacional, una articulación del enemigo mediante la comparación entre el *propósito*¹¹ estadounidense y el *diseño* del Kremlin; las ideas y valores norteamericanos frente a aquellos concordantes con el *diseño* soviético; y la capacidad militar de Washington frente a la de Moscú, subrayando la importancia del fortalecimiento político, económico y militar del *mundo libre*. Esto queda manifiesto desde el comienzo del

¹¹ Es necesario señalar que *purpose* en el discurso político estadounidense, tiene una profunda carga moral, ya que está relacionada a un designio divino.

documento —*Background of the Present Crisis*— en donde establecen que uno de los factores *que afectan la histórica distribución de poder es que la Unión Soviética, a diferencia de los previos aspirantes a la hegemonía, está motivada por una nueva fe fanática, antitética a la nuestra y busca imponer su autoridad absoluta al resto del mundo*¹² resultando esto en una amenaza a la civilización. Señalamiento que, de hecho, no es sino una adecuación de una conclusión hecha por el mismo equipo de trabajo en 1950, referente a que *(e)l designio fundamental de la Unión Soviética, clama por la subversión completa o la destrucción violenta de la maquinaria del gobierno y la estructura de la sociedad en los países del mundo no soviético y su sustitución por un aparato y una estructura subordinada al Kremlin y controlados por él.*¹³

La amenaza existencial resulta clara y, en consecuencia, la política exterior —e interna— estaría definida por la decisión de quién es el enemigo, por qué lo es y cómo amenaza la existencia del mundo libre —en lo abstracto— y del *american way of life*, en lo específico. El *Welfare State* se convertiría, por necesidad, en *Warfare State*; éste aseguraría a aquél y lo garantizaría; y paradójicamente, aquél necesitaría de éste para ampliar sus beneficios. En este sentido, Paul Nitze establecía en el NSC 68, que *una de las lecciones más significativas de nuestra experiencia en la Segunda Guerra Mundial, fue que la economía americana, cuando opera a un nivel que se acerca a la plena eficiencia, puede proporcionar enormes recursos para propósitos diversos del consumo civil.*¹⁴ En otras palabras, mantener el gasto militar, lapidaba un Nitze exponiendo las enseñanzas más de Albert Speer que de John Meynard Keynes, garantizaría la preeminencia del mundo liberal estadounidense. *Engranar la inteligencia de Wall Street y del Pentágono*, señala en su *Siglo del Pragmatismo Político* el profesor José Luis Orozco Alcántar, *y la voluntad de los partidos Demócrata y Republicano, bien valdrán la pena el sacrificio que demanda el estado de emergencia nacional*, mismo que se ha perpetuado reptando entre uno u otro enemigo, *proclamado por Truman el 16 de diciembre de 1950.*

En el NSC 68, documento que definiría la política exterior estadounidense, se relacionaban constantemente el propósito de Estados Unidos en nuevo contexto internacional, con la Constitución y la sabiduría de los

¹² NSC 68: United States Objectives and Programs for National Security, April 14, 1950, p. 3.

¹³ NITZE, Paul H., *et al.*, *op. cit.*, pp. 103.

¹⁴ NSC 68: United States Objectives and Programs for National Security, April 14, 1950, p. 34.

Padres fundadores confrontándolos con la inferior moralidad soviética. Así, Nitze aseguraba que frente al diseño imperialista soviético, *que busca la eliminación de gobiernos no soviéticos y suplantarlos por otros dirigidos por el Kremlin*, Estados Unidos tendría *el propósito fundamental de asegurar la integridad y vitalidad de nuestra sociedad libre, que está fundada en el valor y la dignidad individuales*. Convirtiendo esto, y he aquí el objetivo de Acheson y Nitze, a Estados Unidos en el *enemigo* principal del Kremlin, razón por la que Washington estaba obligado —por sobrevivencia— a desarrollar y garantizar la supremacía militar, siendo este el idioma que entendían los soviéticos.

El NSC 68, que señalaba que *una derrota de las instituciones libres en cualquier parte es una derrota en todas partes* y ubicaba claramente la estrategia expansionista del *malvado imperio soviético*, daba un enfoque más claro a la estrategia estadounidense en política exterior, en la que el interés fundamental no serían ni el territorio, ni la capacidad industrial militar, sino la credibilidad de sus valores e instituciones, las cuales se enfrentaban a un Imperio del Mal —como lo definía Reinhold Niebuhr y de hecho se señalaba explícita más que implícitamente en el NSC 68— con valores morales inferiores, cuando no contrarios a la humanidad, además de ser originaria y típicamente feo, enfermos y torpes. Estos elementos coadyuvaron a que la sociedad estadounidense identificara al enemigo y lo sintiera como una amenaza total al *American dream* y el *American way*. Por tanto, la estrategia estadounidense para la Guerra Fría se recargaba en una fuerte inversión en el sector industrial-militar, así como en la expansión y exportación de la ideología y valores occidentales; el perfil que Truman y (Louis) Johnson pretendían darle a la política estadounidense, disminuyendo el gasto militar y beneficiando educación, salud y obras públicas, se esfumaría debido al enemigo totalitario. Curioso es, no obstante, que el lenguaje y el mundo que presentó el NSC 68 tuviera tantas similitudes, con el pensamiento de Carl Schmitt.

Este nuevo perfil de la política exterior estadounidense, que perseguía revigorar el poderío estadounidense —y del mundo libre— a través del fortalecimiento militar, económico, ideológico y político, para lograr posiciones negociadoras sólidas, respondían a inquietudes de algunos estrategas, académicos y politólogos, tales como Walter Lippmann y Reinhold Niebuhr, concernientes al aislacionismo estadounidense, pero sobre todo a los *círculos viciosos del pacifismo*, que según Lippmann debilitaban a Estados Unidos para defender sus intereses vitales. Entre tanto, Niebuhr criticaba la postura estadounidense del temor de ser un imperio debido a la tradición anti-impe-

rialista del pensamiento político heredado desde la Independencia, en lugar de aceptar su papel y obligación imperiales, considerando que contaban con todos los atributos para serlo.¹⁵ Al Imperio soviético, diría Niebuhr, sólo podría enfrentarlo otro Imperio, uno del Bien, liberal y democrático, cuyas acciones podrían no siempre parecer buenas, liberales o democráticas.

La geoestrategia de la Guerra fría se presentó, digámoslo así, en dos vertientes; una, impedir que los soviéticos ampliaran su zona de influencia político-ideológica, y dos, evitar que la URSS se apoderara de puntos con acceso a materiales estratégicos, especialmente para la industria armamentista. Sin embargo, la batalla entre ambas potencias, no era únicamente en el terreno militar —de hecho sólo se enfrentaron directamente durante la crisis de los misiles, en Cuba— sino también político, económico e ideológico.

Este *Orden* permitió la creación y desarrollo de una alianza estratégica entre la clase empresarial estadounidense, la élite militar y parte de la política, que ligados al interés nacional —que no es otra cosa que el corporativo— conformaron una estrategia político-militar que al lado de la economía corporativa se influyeron y modelaron mutuamente, exportando los valores e instituciones de origen *occidental*. Esta fructífera alianza entre el sector empresarial, el político y el militar que exportó el proyecto americano, se presentó bajo dos condiciones; una, alcanzar la hegemonía mundial eliminando a cualquier amenaza posible o real; y dos, una revolución científico-tecnológica, que generó una nueva y moderna producción armamentista, así como nuevas ramas industriales. Alianza conocida como el Complejo Industrial Militar (CIM).

En su discurso de despedida el 17 de enero de 1961, el Presidente Dwight Eisenhower, advirtió sobre la influencia del nuevo pensamiento político-militar estadounidense llevado a la práctica por una alianza estratégica que había engañado al pueblo estadounidense y parte de su clase política para justificar una estructura político-militar y un gasto presupuestario que les ayudaría a mantener la hegemonía mundial, encabezada por los intereses del CIM y sustentada ideológicamente por extremistas de la derecha. Con ello, la creación del CIM y su orientación estructural hacia una economía bélica, permitió al aparato estatal gubernamental de Estados Unidos, recargarse funcionalmente hacia una política exterior de confrontación constante; impulsada, entre otros, por los neoconservadores. Con esto, se establecía el predominio prácticamente sin oposición de la ideología belicista que preparaba el *Primer Siglo Americano* referido por Henry Luce.

¹⁵ REINHOLD NIEBUHR, Karl Paul, *The Structure of Nations and Empires*, New York, Charles Scribners Son's, 1959, pp. 9-10.

Sin embargo, como se mencionó con anterioridad, la estrategia estadounidense no se recargaba únicamente en una fuerte inversión en el sector industrial-militar, sino también en la expansión y exportación de la ideología y valores occidentales, por lo que desde su intervención en el conflicto indochino, la política exterior estadounidense argumentaba *la defensa de la democracia y el mundo libre*. De esta manera, enfrentaba la Guerra Fría desde dos ámbitos; el militar y el ideológico, buscando justamente que este último fuera el sustento de las operaciones militares.

El objetivo de los estrategas norteamericanos era, como resulta claro, justificar sus acciones político-militares y lograr la simpatía o al menos aprobación de otras naciones, mediante internacionalización de sus valores e ideales. Esto, no es otra cosa que uno de los ejes del poder imperial que señala Reinhold Niebuhr en *The Structure of Nations and Empires (1959)* —el prestigio; el otro es la fuerza— el cual pretende universalizar su cultura, sus valores e ideales. La expansión de estos, permitiría a Estados Unidos según el análisis de Niebuhr, mayor libertad en la acción política imperial. Recordando que los imperios, no sólo se enfrentan política o militarmente, sino también persiguen demostrar su superioridad moral, cultural y civilizacional.¹⁶

A mediados de los años sesenta, el presidente del Comité de Política exterior, el senador por Arkansas, J. William Fulbright, cuestionaba la agresiva e intervencionista política exterior estadounidense, argumentando que en realidad la URSS ya no representaba ninguna amenaza y que el *establishment* trataba de mantener “viejos mitos ante nuevas realidades”. De hecho el senador Fulbright acusaba a Washington de haber caído en una “arrogancia de poder” tratando de moldear el mundo a su propia imagen.¹⁷ Lo que era por supuesto uno de los objetivos del neoconservadurismo, al considerarse —a diferencia del conservadurismo tradicional— cruzados encargados de llevar la democracia liberal al resto del mundo; siempre y cuando Estados Unidos tenga intereses de algún tipo.

¹⁶ Ante esta política exterior estadounidense, surgen diversas críticas al *establishment*, uno de los críticos más severos fue William Appleman Williams que en obras como *American-Russian relations 1781-1947 (1952)* y *The Tragedy of American Diplomacy (1959)*, señalaba que los políticos estadounidenses que accedieron al poder luego de la muerte de Franklin Delano Roosevelt, fueron los responsables de la expansión del imperio económico norteamericano, basado en la confrontación con la URSS. Esto sustentado en una falsa fortaleza y ambición imperialista —al menos en un principio— soviética, puesto que —según Williams— tenía problemas más urgentes que resolver, como la seguridad nacional y la consolidación del bloque comunista. (EHRMAN, John, *op. cit.*, p. 19).

¹⁷ EHRMAN, John, *op. cit.*, p. 22.

Las décadas de los sesenta y setenta, trajeron consigo algunas dificultades para Estados Unidos, tanto en su política exterior como en su política y cohesión internas; dificultades heredadas principalmente de la Guerra de Vietnam y del escándalo Watergate, que entorpecieron el desarrollo de su política exterior. Por ello, entre 1968 y 1976 se da un debate sobre el curso que debía tomar la política exterior norteamericana, dada su cuestionada superioridad moral e inclusive operatividad. Y es en este momento que, como respuesta a las críticas sobre la superioridad moral de la política estadounidense y de sus instituciones, re-emerge un movimiento del ultraconservadurismo bajo el nombre de Nueva derecha, con la finalidad de recobrar la superioridad moral, ideológica, política y militar de Estados Unidos. Objetivo que lograrían al llegar a la Casa Blanca en compañía de Ronald Reagan y con el apoyo de grupos fundamentalistas protestantes e intelectuales y académicos judíos, a través de diversas fundaciones y/o institutos.

III. EL COMPROMISO IMPERIAL DEL NEOCONSERVADURISMO

Desde la segunda mitad de la década de los años cincuenta y durante la década de los sesenta, y como respuesta a los movimientos de derechos civiles, diversos grupos de la sociedad y política estadounidenses comenzaron a organizarse alrededor de Joseph McCarthy, Karl Mundt y Richard Nixon —entre otros— a fin de recuperar los *valores de la familia estadounidense*, pues percibían que estaban siendo dañados por la aceptación de la sociedad de la homosexualidad, el divorcio y el aborto. Dentro de esos grupos conservadores con tendencia —mayormente— republicana y que formarían la denominada *Nueva derecha*, es que comenzó a desarrollarse políticamente Ronald Reagan.

A este movimiento se unieron jóvenes de la derecha conservadora que cuestionaban la ideología y estrategia política del liberalismo y percibían que el camino para vencer al comunismo era la fuerza militar y el endurecimiento —o radicalización— de los valores familiares y sociales estadounidenses. Así, a fines de los setenta se unieron al equipo de Reagan —a través de los denominados *College Republicans*— jóvenes como William Kristol, Ralph Reed, Clint Bolick y David McIntosh, que con la idea de debilitar agencias federales y organizaciones civiles que sirvieran de refugio a liberales¹⁸ —aislacionistas o internacionalistas— comenzaron a perfilar

¹⁸ EASTON, Nina J., *Gang of Five*, Simon and Shuster, New York, 2000, p. 136.

la política interna y exterior estadounidense, mediante el conservadurismo internacionalista, aunque en realidad se acercaban hacia los principios del neoconservadurismo.

La *Nueva derecha* —encabezada por el empresario Richard Viguerie— albergaba a varios jóvenes neoconservadores de segunda generación, tales como Paul Wolfowitz, Richard Perle, William Kristol, Gary Schmitt, y Allan Bloom. Así, con una profunda visión maniquea del mundo, expresada en frases como *Kill a Queer for Christ*,¹⁹ la *Nueva derecha* comenzó a ubicarse en puestos estratégicos tanto en el partido Republicano, como en la administración pública, en el mundo académico y dentro del ámbito corporativo. Con ello sería capaz de impulsar progresivamente un proyecto que los llevaría a la Casa Blanca y al predominio global.

Los neoconservadores esperaban que para la elección de 1980 llegara a la Casa Blanca un presidente de fuertes principios anti-comunistas, pro-israelí y que protegiera los intereses norteamericanos en el Medio Oriente. Sin embargo, ante la imposibilidad de que Daniel Patrick Moynihan, un ‘neocon’ —como entre ellos se llaman— perteneciente al Partido Demócrata, retara a Jimmy Carter por la nominación de su Partido, y luego de percibir la debilidad de la Administración Carter ante la *amenaza* comunista, los neoconservadores rompen definitivamente con los demócratas y se inclinan por Ronald Reagan como la mejor opción para llevar el pensamiento neoconservador a la Casa Blanca y re-dirigir el destino de América.²⁰ Esto terminó de aglutinar a los neoconservadores y a la *Nueva Derecha* en un solo frente que tendría al fundamentalismo religioso, las posturas militaristas y el Destino Manifiesto, como sus principales pilares ideológicos y políticos.

Al llegar la fórmula Reagan-Bush a la Casa Blanca, el Presidente planteó que la supervivencia de Estados Unidos estaba en juego, esto en un evidente

¹⁹ FINKIELKRAUT, Alain, *La nueva derecha norteamericana (La Revancha y la Utopía)*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1982, pp. 25-30.

²⁰ De hecho, varios ‘neocons’ hicieron lo posible por provocar el fracaso o al menos entorpecer diversas estrategias en política exterior que —de acuerdo a sus planteamientos— debilitaría a Estados Unidos. Tal fue el caso del SALT II (1976), que el Equipo B (Team B) encabezado por George Bush, Paul Nitze y que incluía a figuras neoconservadoras como Kirkpatrick, Podhoretz y Lipset, entre otros, se encargarían de imposibilitar arguyendo las intenciones bélicas de la URSS, de mantener armas nucleares. Asimismo, existieron varias y severas críticas a la política exterior estadounidense en torno, no sólo a la falta de decisión de la Administración Carter de utilizar el poder militar e incrementarlo, sino a cuestiones geoestratégicas, como el apoyo del Presidente Carter a la creación del Estado palestino y haber permitido el incremento de actividades soviéticas en el Medio Oriente.

sentido *schmittiano* del *enemigo*, por lo que no sólo contendría al socialismo, sino que lo replegaría. Bajo esta línea política, la Administración Reagan señalaba que no habría más pláticas relativistas concernientes a “esferas de influencia”, “deténte” o “coexistencia pacífica”; expresando así el deseo de romper toda relación con los soviéticos e inclusive con los demócratas. Con ello, el rumbo de la política exterior se establecía en el conservadurismo internacionalista distanciándose del torpe “wilsonianismo” de su antecesor. Bajo esta perspectiva, la geopolítica *reaganiana* no se limitaría a la Contención del espacio soviético; el *heartland* se ampliaba hasta invadir el *rimland* y hasta el *heartland* soviéticos. De esta forma la influencia neoconservadora, principalmente en la política exterior, estaría claramente dirigida a incrementar las operaciones militares estadounidenses con base en la superioridad moral de la Democracia, en la defensa de los Derechos Humanos y en mantener la seguridad internacional, todos ellos amenazados por el comunismo.

Para incrementar la influencia del pensamiento neoconservador en la Administración Reagan, se creó el Comité para el Mundo Libre —de facto en 1980 y de jure un año después— encabezado por Midge Decter, Raymond Aron, William Bennett, Robert Tucker, Sydney Hook, miembros del gabinete presidencial como William Simon —asesor externo de la Presidencia— y Donald Rumsfeld —presidente de la Oficina Ejecutiva— y *think tanks* como el Olin Institute y la Fundación Smith Richardson, y las corporaciones Sears, Roebuck y Móvil Oil. Movimiento que, gracias a sus múltiples actividades académicas, tales como congresos, simposios, seminarios y participaciones en diversos medios escritos, sirvió como un gran aglutinador y articulador del neoconservadurismo.

Un elemento central del renacimiento del neoconservadurismo en los años ochenta y de su geopolítica, es la idea de la seguridad nacional, para lo cual urgían a incrementar el gasto militar y las propias operaciones militares en puntos de indefinición ideológica o de interés geoestratégico. Las justificaciones para ello giraban en dos sentidos: 1) la URSS había superado militarmente a Estados Unidos durante la segunda parte de la década de los setenta; y, 2) la ventaja estadounidense en lo militar, se basaba en los avances tecnológicos, sin embargo, dado el desarrollo japonés en dicha área, Estados Unidos debía, para asegurar su liderazgo, renovar el compromiso militar con la investigación y el desarrollo de armas de alta tecnología.²¹ Las

²¹ DUNN, Charles W. y J. David WOODWARD, *American Conservatism. From Burke to Bush*, Maryland, Madison Books, 1991, pp. 14-16.

acciones geopolíticas se concentrarían en Europa, Asia y América Latina, principalmente. Sin embargo, habría que señalar que las acciones geopolíticas, no serían sólo operaciones militares convencionales, sino de inteligencia. Ejemplo de ello, es la invasión soviética a Afganistán, la cual fue generada por los estadounidenses con la intención de que Moscú tuviera su propio Vietnam. La derrota soviética en su aventura afgana, fue sin lugar a dudas un duro golpe ideológico, geopolítico y geoestratégico.

Con estas políticas Estados Unidos logra su hegemonía, contiene a la Unión Soviética y de hecho —como se lo había propuesto Reagan— la retrae en varios frentes. Washington refuerza sus bases militares en Corea del Sur y Filipinas, entierra al comunismo en Granada mediante una intervención armada y mantiene contrainsurgencias en El Salvador, Nicaragua, Angola, Camboya y Afganistán. Aunque los estadounidenses no salen precisamente victoriosos de estos enfrentamientos, sí logran debilitar el poderío soviético, al tener éstos que gastar recursos (humanos y materiales) en confrontaciones más agresivas que durante la Distensión. Sin mencionar el costo político y geoestratégico.

Con el desmembramiento de la URSS y la total desarticulación del bloque socialista, ya con George Bush en la Casa Blanca, Washington se preparaba para una dinámica internacional definida por la cooperación internacional, encaminada a defender los valores liberal-democráticos abanderados tan celosamente por la política exterior estadounidense. La geopolítica, sin lugar a dudas sufriría ciertas modificaciones.

En este escenario, los liberales y neoconservadores tenían que redefinir sus posiciones para tratar de influir en el diseño de la estrategia para la Posguerra fría y el —entonces ya próximo— siglo XXI. Es decir, la articulación de la Metapolítica que les diera lugar al Segundo Siglo Americano. Un reto significativo principalmente para los neoconservadores, ya que debido a la ausencia de una amenaza significativa a la seguridad nacional e internacional —principalmente la primera— este grupo perdió paulatinamente influencia en la Casa Blanca.

IV. RECUPERANDO LA CASA BLANCA

Con profundas dudas sobre la capacidad de George W. H. Bush y su temor para la utilización de las fuerzas armadas —y de hecho debido a ello—, varios neoconservadores se unieron en torno a Irving y William Kristol y su revista *National Interest* (1990), para descifrar cómo establecer los ideales y

valores neoconservadores a la Casa Blanca y por consiguiente, en la política exterior estadounidense, ante el nuevo escenario. Para ello, la nueva publicación trataría de influir en la estrategia exterior y *The Public Interest*, en la política nacional.

La principal preocupación de los neoconservadores era la pérdida de influencia geopolítica que percibían sufría Estados Unidos, resultante del torpe o al menos indeciso intervencionismo de las últimas dos administraciones. La de Bush (1988-1992) temerosa y dubitativa con respecto al uso de la supremacía militar y las de Bill Clinton (1992-1996 y 1996-2000), tendientes al multilateralismo y desaprovechando la hegemonía estadounidense.

Durante los dos periodos de William Clinton, Washington se inclinó por fortalecer su hegemonía mediante la universalización de los valores estadounidenses, es decir el “poder suave” (o el prestigio al que se refiere Reinhold Niebuhr), pero teniendo siempre disponible el gran garrote rooseveltiano. De esta manera los estrategas americanos se adaptaban a las condiciones del nuevo escenario y mantendrían pragmáticamente su hegemonía. El fin de un orden bipolar facilitaría el dominio de éste a través del “poder suave”, utilizando por tanto el “poder duro” sólo en casos estrictamente necesarios. De ahí la disminución en el gasto militar durante los ocho años de la Administración Clinton, decreciendo éste de 339 mil mdd en 1992 a 277 mil mdd, en 1996.²²

Como acertadamente señalan Charles A. Kupchan en *The End of the American Era* y Joseph S. Nye, Jr., en *The Paradox of the American Power*, la Administración de William Clinton comprendió que en un mundo con un solo hegemón y en el que las relaciones comerciales y los intercambios culturales se expanden incesantemente, la apuesta por mantener la hegemonía con la utilización del “poder duro” —especialmente los medios militares— sería contraproducente para el proyecto estadounidense de dominación pues generaría un creciente rencor hacia Washington y debilitaría o fracturaría las alianzas estratégicas obtenidas hasta el momento.

No obstante, los neoconservadores percibían que la estrategia multilateral de Clinton, debilitaba la hegemonía estadounidense al no aprovechar la superioridad militar. Criticaban la tendencia de dicha Administración, concerniente a las operaciones multilaterales, debido a que no eran en realidad tal cosa —multilaterales— porque para su éxito, se requería de la

²² KAGAN, Donald y Gary SCHMITT (Project co-chairmen), *Rebuilding America's Defenses. Strategy, Forces and Resources for a New Century*, The Project for a New American Century, Washington, 2000, pp. 69-72.

participación estadounidense. Consideraban, asimismo, que los resultados de las operaciones militares eran un fracaso, debido a la falta de consenso en ellos;²³ de aquí el pronto colapso de un sistema internacional que confiaba a los organismos internacionales solucionar los grandes conflictos.

Esto, demostraba claramente —según el pensamiento neoconservador— la necesidad de un poder *benévolo* que, con ayuda de naciones aliadas —de ser necesario— mantuviera el orden internacional.

La misión de Estados Unidos, es dar voz a los principios universales sobre los cuales fue fundado. No hacerlo sería negar el propio nacionalismo estadounidense. En este mismo sentido, arguye el pensamiento conservador liberal como en ocasiones se denominan los neoconservadores, el mundo sólo puede proteger los valores universales a través de una nación y no mediante un organismo internacional.

Con esto en mente los neoconservadores crean el *Project for the New American Century*, conocido sólo por New American Century (Nuevo Siglo Americano o PNAC, en adelante). El proyecto, pretendía establecer el papel de los neoconservadores en la nación y diseñar un programa de acción que llevara al Partido Republicano a la Casa Blanca y una vez ahí, redefinir el papel de este país en el escenario internacional. Dicho rol, estaría definido por la superioridad militar, mediante el incremento al gasto en este rubro y un mayor activismo del Pentágono, sustentado en el *legado militarista de Reagan*.

El *Proyecto para el Nuevo Siglo Americano*, llamaba a la necesidad de un liderazgo que mantuviera la supremacía estadounidense mediante los elementos fundamentales de la Administración Reagan; esto es, una milicia fuerte y preparada para enfrentar los retos que el mundo exija, con lo que debería estar lista para pelear y ganar varias guerras al mismo tiempo; una política exterior que promueva los principios estadounidenses allende sus fronteras y un liderazgo nacional que enfrente los retos y responsabilidades que supone el ser la superpotencia. Asimismo, subraya que el liderazgo estadounidense es benéfico para Estados Unidos y para el mundo, pero hace hincapié constantemente en que dicho liderazgo requiere de un fuerte gasto militar.²⁴ Estos principios que aparecen en el documento *Rebuilding America's Defenses*, que es un reporte del *Nuevo Siglo Americano* —y del cual se hará referencia posteriormente—, fueron definidos por personajes tales como Elliot Abrams, Jeb Bush, William Bennett, Dick Cheney, Eliot Cohen, Midge Decter, Steve Forbes, Francis Fukuyama, Norman Podhoretz,

²³ KAGAN, Robert y William KRISTOL (eds.) *op. cit.*, p. 36.

²⁴ <http://www.newamericancentury.org/statementofprinciples.htm>

Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz, entre los más destacados. Por tanto, no es de extrañar que al llegar a la Casa Blanca un presidente totalmente influenciado por estos —y otros— autores —por clasificarlos de algún modo— la política estadounidense se haya radicalizado profundamente.

Para los neoconservadores, los demócratas debilitaron al país con el recorte al gasto militar, y con una política exterior multilateral que privilegiaba el comercio. Por tanto, con la llegada de una nueva administración a Washington, una compuesta por integrantes de esta corriente de pensamiento, formados en pleno recrudescimiento de la Guerra Fría, la estrategia de política exterior cambió radicalmente y con ella la interna. Los nuevos estrategas encabezados por guerreros fríos como Donald Rumsfeld, Dick Cheney, Richard Haas —que aunque es cercano a Colin Powell, también lo es a este grupo neoconservador—, Richard Perle y Paul Wolfowitz entre otros, tenían una visión muy distinta a la clintoniana; ellos —los actuales estrategas— pugnan por un unilateralismo que persiga sus propios fines, en donde la Agenda de la política exterior norteamericana no se vea afectada por las condiciones mundiales y menos aún por el apoyo de la comunidad internacional; que mantenga la hegemonía estadounidense y defienda sus intereses geoestratégicos mediante el fortalecimiento desarrollo y utilización de su capacidad militar.²⁵ En este sentido, la actual Asesora de Seguridad Nacional (Condoleezza Rice) escribió para *Foreign Affairs* un artículo en el que señalaba que Estados Unidos debía guiarse sólo por sus intereses y objetivos y no por los de una ilusoria comunidad internacional. De esta forma el unilateralismo de la Administración Bush parece retar a toda organización internacional y a todo Estado o conjunto de Estados que obstaculicen la defensa de sus objetivos geoestratégicos. Por ello los atentados terroristas dieron a los nuevos estrategas, la justificación perfecta para avanzar sobre sus objetivos de Medio Oriente al defender la seguridad nacional estadounidense; la seguridad de la Patria.

V. LA GEOPOLÍTICA DEL PROJECT FOR THE NEW AMERICAN CENTURY: LA *BELLUM* AMERICANA

En el año 2000, el *Project for the New American Century* (PNAC) con la impresión de la pérdida de poder por parte de Estados Unidos, realiza un

²⁵ Para más información a este respecto, consultar el documento *Rebuilding America's Defenses. Strategy, Forces and Resources for a New Century*. The Project for a New American Century, Washington, September 2000.

estudio para establecer cómo revertir dicha situación; el resultado fue el documento denominado *Rebuilding America's Defenses*. El objetivo establecido en dicho documento mantener e incrementar el poder estadounidense en lo económico, lo político y lo tecnológico, combatiendo Estados que signifiquen una amenaza en cualquiera de estos ámbitos y evitando el surgimiento cualquier potencia regional. Para ello Estados Unidos debe aprovechar e incrementar su superioridad militar y controlando los posibles *heartlands* y puntos pivote regionales en Eurasia y el Golfo Pérsico, primordialmente.

Un elemento que debe considerarse para comprender la geopolítica de la Administración Bush, es la noción que aporta el documento referido al señalar que las primeras líneas de defensa (estadounidenses) son las bases militares en el exterior. En ese sentido, el mismo documento centra su análisis en Europa, el Golfo Pérsico y el Este asiático.

Con respecto a Europa, indica que las zonas norte y centro del continente son más estables y seguras, toda vez que se han integrado a la corriente política de occidente; sin embargo la zona sur y en específico los Balcanes siguen significando una zona de gran interés geoestratégico para Estados Unidos, por lo que deben desplazarse algunas tropas a la región. Además, y esto lo subrayan, la OTAN debe estar totalmente a cargo de la seguridad europea y no permitir que la Unión Europea la reemplace. En cuanto al Golfo Pérsico subrayan la necesidad de mantener —y de ser posible incrementar— la presencia militar naval, aérea y de tierra. Principalmente en Kuwait e Irak. Y finalmente, en lo concerniente a la geopolítica estadounidense para el siglo XXI, proponen que en el Este asiático se debe incrementar la presencia militar, ya que la actual (2000) es meramente contensiva y considerando el creciente poder chino, Estados Unidos debe tener una mayor influencia político-militar capaz de controlar la región.²⁶

Bajo la perspectiva del incremento del dominio estadounidense, es que a partir de los ataques terroristas, los discursos políticos y los medios de comunicación, manejaron términos llenos de una profunda carga moral tales como *amor al país, lealtad y patriotismo*, todos ellos enfocados a la defensa de la seguridad nacional que estaba siendo amenazada por el terrorismo

²⁶ Para tener claro de qué presencia militar hablamos es necesario revisar las cifras del personal militar desplazado. Es justo decir que son datos anteriores a los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001: Europa 118,105 (más 136,807 civiles); Sureste asiático y pacífico 91,670 (más 50,283 civiles); Oriente Próximo 26,878 (más 927 civiles); África Subsahariana 279 (más 138 civiles); Hemisferio Occidental 14,015 (más 1,064 civiles). Estos militares y sus familiares se encuentran repartidos en 735 bases militares.

islámico.²⁷ Con esto, se creaba una nueva legitimidad para las operaciones militares en distintas partes del mundo. Una legitimidad creada inmediatamente después de los ataques, ya que los responsables habían sido señalados sin previa investigación, en Washington.

Establecer a Afganistán como el primer objetivo dentro de esta operación, resulta muy conveniente dada su importancia geoestratégica. Pero además, mientras más se investiga la relación entre Estados Unidos (a través de su comunidad de inteligencia y corporaciones petroleras) y Afganistán, principalmente con los talibán y Osama bin Laden, más conveniente y por ende sospechosa, resulta el involucramiento de Al Qaeda en los atentados al World Trade Center y al Pentágono.

La nueva guerra en contra de Afganistán fue respaldada inmediatamente por Inglaterra. Lo que no era casualidad, ni obedecía ex profeso a la tradición británica de apoyo y colaboración con Washington, sino a alianzas estratégicas de fines de los años noventa en el sector energético y el militar, reflejadas en la fusión de la British Petroleum y la American Oil Company, formando el consorcio petrolero más grande del mundo y la integración del fabricante de armas británico British Aerospace Systems al complejo de suministro militar estadounidense. Esto como resultado de la *declaración de principios para equipo de defensa y cooperación industrial*, firmada por el Secretario de Defensa de Estados Unidos de la Administración Clinton, William Cohen y su homólogo británico, Geoff Hoon. De esta manera, los intereses comunes de estos grupos, generarían una constante confluencia en el diseño de estrategias en la política exterior de ambos países. Tal fue el caso, cuando en marzo de 1999 se anuncia la ampliación de la OTAN, incluyendo ahora a Hungría, Polonia y la República Checa. Un mes después, la OTAN anunciaba la extensión de su dominio, al acordar una alianza militar con Georgia, Uzbekistán, Ucrania, Azerbaiyán y Moldavia. Una alianza que les aseguraba el acceso a las reservas petrolíferas y gaseras del mar Caspio; en el corazón de la ex Unión Soviética. Esto excluía a Rusia de las reservas de los mencionados recursos naturales y la aislaba políticamente. Estas acciones reforzaban la estrategia de la ruta de la seda, la cual establecía que bajo la protección de Washington, se establecerían fuertes vínculos políticos, económicos y militares, entre los países del sur del Cáucaso y Asia central. Dichos Estados establecerían, bajo la supervisión del Banco Mundial, la Organización Mundial de Comercio y el Fondo Monetario Internacional,

²⁷ CHOSSUDOVSKY, Michel, *Guerra y Globalización*, México, Ed. Siglo XXI, 2002, p. 19.

economías de mercado y sistemas democráticos. Asimismo, Estados Unidos señalaba que Israel sería el socio primordial en dicha región.²⁸

Dentro de estrategia geopolítica estadounidense, controlar Afganistán era de gran importancia, no sólo por estar en el centro de cinco potencias nucleares (China, Rusia, India, Pakistán y Kazajstán), sino porque es el cruce de las rutas de oleoductos euroasiáticos.²⁹ De este modo, al asegurarse el acceso a las reservas petrolíferas y de gas, disminuía su dependencia —en términos de dichos recursos— de una zona tan inestable, como el Golfo Pérsico.

La definición de estas estrategias fue importantemente promovida por las corporaciones petroleras texanas, que dentro de la Administración Bush tienen un importante papel en el diseño de la política exterior, toda vez que lograron nombramientos de ex ejecutivos de dichas corporaciones en puestos de defensa y política exterior; amén del propio Presidente George W. Bush. Tal es el caso del Vicepresidente Dick Cheney, que fuera director general de Halliburton (la empresa de servicios petroleros más grande del mundo); la Asesora en Seguridad Nacional Condoleezza Rice, que fue miembro del consejo directivo de Chevron; el Subsecretario de Estado Richard Armitage, que fuera cabildero para Unocal (Union Oil Company of California) ante los talibán en marzo de 2001; y el Secretario de Comercio Donald Evans, que fuera presidente de Tom Brown Inc., compañía de gas natural. Sin embargo, esta cercana relación entre las corporaciones petroleras y la política exterior no es nueva, ejemplo de ello es Zbigniew Brzezinski, que luego de fungir como asesor de Seguridad Nacional, fue consultor de Amoco (American Oil Corporation) y Henry Kissinger, que al dejar el Departamento de Estado, fue asesor de Unocal. Ambas con fuertes intereses en Afganistán y nexos con la familia bin Laden y Bush.

Luego de la rápida ofensiva sobre Afganistán, esta influencia de las corporaciones petroleras se vio reflejada en el designio del gobierno provisional de Kabul. Con la anuencia de la ONU, fue nombrado jefe del gobierno provisional, Hamid Kharzai, quien no sólo había colaborado con el gobierno talibán, sino que era agente de la CIA desde 1980 sirviendo como contacto con los talibán y fungía como consultor de Unocal, desde mediados de los años noventa. Los intereses de las corporaciones petroleras también se vieron defendidos por el enviado especial de Washington a Kabul, Zalmay Khalizad, que en la Administración Bush, es el directo del Consejo de Seguridad Nacional y que había trabajado para Unocal en

²⁸ *Ibidem*, p. 70.

²⁹ *Ibidem*, pp. 70-71.

1997 en lo concerniente al oleoducto transafgano y cabildeado a favor de los talibán.³⁰

Con esto, Estados Unidos y sus corporaciones petroleras —principalmente Unocal, ahora parte de la fusión BP/Amoco— lograban establecer las condiciones idóneas para acceder y proteger “la ruta de la seda”. Éste es, pues, el poder que mueve la política exterior estadounidense, la geopolítica de la *Pax* americana, de la *bellum* americana.

VI. ÚLTIMAS DISQUISICIONES

El cambio de Administración en Estados Unidos no representará en ningún sentido un cambio de fondo o estructural en la política norteamericana, aunque sí al menos de forma. Los criterios que definirán o disfrazarán la política exterior serán matizados según el candidato, sus asesores en materia y obedecerán a los intereses económicos que defiendan. Revisemos por lo pronto esta nueva geopolítica del pentágono que de una u otra forma se ve expresada en las plataformas de los candidatos con mayores posibilidades de llegar a la presidencia, como Hillary Clinton, Barack Obama, John McCain y Rudy Giuliani.

El criterio que se ha expandido en círculos académicos, políticos y militares, es la fórmula globalización y seguridad. A mayor globalización, apertura de mercados, aceptación y adaptación de los valores liberal-democráticos —preferentemente aquellos de cepa estadounidense— más confiable será un Estado y con ello se reforzará la seguridad de Estados Unidos y del mundo. Para lograr esto es imperativo —como resultado de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001— luchar contra el terrorismo y lograr —una vez más— que el mundo sea seguro para EEUU, la democracia y los negocios. Pero esta interminable lucha estaría perfecta y convenientemente localizada.

Resguardar a los Estados vecinos a las zonas de riesgo sería la principal tarea de la política exterior estadounidense en materia de seguridad, según lo establecen tanto el Pentágono, como importantes *think tanks* —Heritage Foundation, Stratfor Foundation, entre otras— e importantes publicaciones como *Foreign Affairs*, *Monthly Review*, *National Interest*, etcétera.

De tal forma México, Brasil, Sudáfrica, Marruecos, Argelia, Grecia, Turquía, Pakistán, Tailandia, Malasia, Filipinas y Sudán, serían los puntos que permitirían mayor control en las diversas áreas. Operaciones militares

³⁰ *Ibidem*, pp. 95-97.

en cualquiera de sus variantes podrían esperarse en estos países, sin obviar aquellos en los que ya parecen inminentes operaciones militares estadounidenses; como Irán o Darfur e inclusive aquellos en los que inevitablemente habrá conflictos, según lo establecen el Pentágono y *think tanks* neoconservadores —principal mas no únicamente: Haití, Colombia, Argentina, la ex Yugoslavia, Congo, Ruanda/Burundi, Angola, Israel/Palestina, Arabia Saudita, Irak, Irán, Somalia, Afganistán, Pakistán, Corea del Norte e Indonesia. A éstos podrían agregarse Rusia y China, si es que ambos países no se integran más a la dinámica global.

El enfoque a través del cual la siguiente administración tratará de perseguir sus objetivos geopolíticos variará entre el neoconservadurismo de Giuliani y Norman Podhoretz, su principal asesor en política internacional y uno de los *neocons* más importantes desde la Administración Reagan, y el liberalismo pragmático de Hilary Clinton y Sandy Berger, otrora asesor de seguridad nacional de William Clinton y uno de los artífices del éxito diplomático de aquella administración, pero lo que es indiscutible es que el control en Medio Oriente, en el sur y en noreste del continente africano, en Asia, así como evitar el surgimiento de una potencia regional que cuestione el dominio estadounidense a escala global —e incluso regional— es obligación de Estados Unidos y su tripartita estructura de poder.

Hoy, como en la Guerra fría, EEUU establece que es necesario que se proclame la superioridad de la ideología estadounidense, de sus principios y valores, esto es, del sistema liberal-democrático norteamericano. Eso facilitaría y daría legitimidad al dominio estadounidense y a la implantación de más bases militares en puntos geoestratégicos. Así garantizarían la supremacía militar estadounidense y en consecuencia su hegemonía.

Ben Wattenberg, llama a los políticos a dejar atrás su timidez y consolidar la superioridad estadounidense al afirmar que “Somos la primer nación universal. Primera como en la número uno, y universal dentro de nuestras fronteras y globalmente porque Estados Unidos son universalmente únicos” por tanto tiene derecho a imponer su voluntad. Y sentencia Wattenberg, “un mundo unipolar es algo bueno, si Estados Unidos es los uni”.

John Bellamy Foster señalaba que el Imperialismo es para servir a las necesidades de la clase dominante más que a la nación y no tiene nada que ver con democracia en ningún sentido. Esta afirmación y la naturaleza de la estructura de poder estadounidense nos permiten anticipar que la geopolítica estadounidense seguirá obedeciendo —como señalaran Walter Lippmann o Charles Beard desde la primera posguerra— a las necesidades de las corporaciones a las cuales sirve y no a la democracia o la justicia, las

que en el mejor de los casos generan bienes intangibles e incuantificables y por tanto, en buena medida incomprensibles para el pragmático pueblo estadounidense.

VII. BIBLIOGRAFÍA

BARNETT, Thomas, "The Pentagon's New Map", *U.S. Naval War College, Esquire*, marzo 2003.

BARNES, Joe, Amy JAFFE y Edward L. MORSE, "The New Geopolitics of Oil, The National Interest", *Special Energy Supplement Winter 2003/04*.

CHOSSUDOVSKY, Michel, *Guerra y Globalización*, México, Ed. Siglo XXI, 2002.

DUNN, Charles W. y J. David WOODWARD, *American Conservatism. From Burke to Bush*, Maryland, Madison Books, 1991.

EASTON, Nina J., *Gang of Five*. New York, Simon and Shuster, 2000.

EHRMAN, John, *The Rise of Neoconservatism*, Yale, Yale University, 1995.

FINKIELKRAUT, Alain, *La nueva derecha norteamericana (La Revancha y la Utopía)*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1982.

JOHNSON, Chalmers, *The sorrows of Empire*, New York, Metropolitan Books, 2004.

KAGAN, Robert y KRISTOL, William (editors), *Present Dangers*, San Francisco, Encounter Books, 2000.

KAGAN, Donald y Gary SCHMITT (Project co-chairmen), *Rebuilding America's Defenses. Strategy, Forces and Resources for a New Century*. Washington, The Project for a New American Century, 2000.

KLARE, Michael, "The New Geopolitics", *Monthly Review*, July-August, 2003.

NASH, George H., *La rebelión conservadora en Estados Unidos*, Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericano, 1987.

NIEBUHR, Reinhold, *The Structure of Nations and Empires*, New York, Charles Scribners Son's, 1959.

OROZCO, José Luis, *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos*, Gedisa, 2001.

———, *El Siglo del pragmatismo político*, Fontamara-UNAM (FCPyS), 2004.

ROSSITER, Clinton, *La teoría política del Conservadurismo norteamericano*, Grupo Editorial Latinoamericano, Buenos Aires, 1986.

STEELE, Ronald, *Walter Lippmann and the American Century*, London, Transaction Publishers, 1980.